



CEL
CENTRO DE
ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS

CUADERNOS
del **CEL**



DOSSIER: CULTURA Y PENSAMIENTO AFRO-CARIBEÑO

Presentación

Juan Francisco Martínez Peria

Doctor en Historia (Universidad Pompeu Fabra), Magíster en Historia (Universidad Pompeu Fabra), Magíster en Ciencia Política y Sociología (FLACSO), Abogado (Universidad de Buenos Aires). Becario Postdoctoral CONICET-Ravignani-UBA. Docente CEL-UNSAM, Docente FDCyS-UBA. Coordinador del Departamento de Historia del Centro Cultural de la Cooperación.

La del Caribe es una historia trágica escrita con la sangre de millones de víctimas. A partir del aquel fatídico 1492, se impusieron en la región lógicas coloniales y racistas cuyo fantasmas aún hoy la acechan. La conquista de los españoles destruyó el mundo preexistente y derivó en el genocidio de las comunidades originarias. A dicha conquista le siguió una lucha inter- imperial que convirtió al Caribe en escenario de constantes guerras. Holandeses, Ingleses, Franceses y hasta Daneses, todos fueron protagonistas de esa carrera por la hegemonía en una región que tenía una enorme importancia geoestratégica. De esta manera, el Caribe se convirtió en lo que Juan Bosch llamó una *frontera imperial*. Este, a su vez, fue el origen de la tradicional fragmentación antillana, causante de numerosos problemas que aún hoy tienen difícil solución.

Los múltiples imperios que metieron sus garras en las islas terminaron de arrasar con la mayoría de los nativos que quedaban y, como corolario, impulsaron el repoblamiento de las islas mediante el tráfico de esclavos africanos. Así, en escasas décadas y sobre los cadáveres de los indígenas, se erigieron nuevas sociedades de mayorías negras, dominadas por un pocos blancos, estructuradas por el racismo y la economía de plantación. Basado en el sudor y la sangre de millones de esclavizados, este sistema produjo un enorme boom azucarero que coadyuvó al despegue de la revolución industrial en Europa. Dicho boom tuvo su apogeo en el siglo XVIII, empero para mediados del siglo XIX empezó a sufrir un notorio declive. En el medio, un suceso clave agitó la región. La revolución Haitiana, protagonizada por miles de esclavizados destruyó el orden esclavista, colonial y racista en Saint Domingue. En 1804, nació Haití como primer país independiente en el Caribe y por años su ejemplo, su mensaje subversivo generó pánico entre las elites blancas y esperanzas entre la población afrodescendiente antillana. Empero, los imperios lograron contener el brote revolucionario y, para peor, a la larga Francia consiguió retomar el control económico de la isla.

A pesar de todo, las economías de plantación con excepción de Cuba, empezaron a sufrir un sostenido declive que derivó en un empobrecimiento generalizado de la región. La propia revolución en Haití, los avances técnicos, la abolición del tráfico primero y de la esclavitud después, la producción de azúcar de remolacha en Europa, fueron todos factores que dieron lugar a esta decadencia. Asimismo, aún con estos cambios y con el proceso abolicionista, la estructura social de las islas cambió poco, el racismo se mantuvo y los ex esclavos quedaron en condiciones económicas paupérrimas.

No obstante el Caribe, aun empobreciendo, continuó siendo un lugar geoestratégico de suma importancia en el Mundo Atlántico y, por ello, no sólo la mayoría de los imperios mantuvieron sus colonias en pie, sino que, además, una nueva potencia entró en escena. A partir de 1898, Estados Unidos empezó una sostenida campaña para

dominar la región y en poco tiempo logro convertir al Caribe en su *mare nostrum*. Primero cayeron en sus manos Cuba y Puerto Rico, luego Haití, República Dominicana y las Islas Vírgenes. Los *marines* ocuparon los territorios y con su ofensiva llegaron las compañías estadounidenses que tomaron control de las economías insulares. En muchos casos, como el de Haití o Cuba, la avanzada fue tan dramática que generó múltiples rechazos y avivó discursos de auto-afirmación y de fuerte contenido antiimperialista, tanto en términos culturales como políticos. El corolario más espectacular de este proceso fue la erupción de la Revolución Cubana, que no sólo rompió con el imperialismo en aquella isla, sino que, además, generó un maremoto en el Caribe y América Latina.

Empero esa trayectoria revolucionaria no fue generalizada. A pesar de que las ideologías críticas proliferaron tempranamente a partir de los años 1910's, los imperios lograron llevar adelante diferentes estrategias que contuvieron las demandas reformistas y revolucionarias. Después de la Segunda Guerra Mundial las potencias establecieron nuevos *status* para las islas mediante los cuales continuaron la lógica colonial por otros medios. Casos como los de la departamentalización de las Antillas Francesas o las del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, son sólo dos ejemplos de este tipo de políticas *gatopardistas* ampliamente utilizadas. Un caso intermedio es el de Gran Bretaña ya que, aunque le reconoció, en un proceso iniciado en los 1960's, la independencia a algunas de sus colonias como Jamaica, Trinidad y Tobago, Granada etc., siguió y sigue dominando a otras de las islas como territorios de ultramar. Sea como sea, el colonialismo y la dependencia continúan estando al orden del día en la región. Pero no es el único mal que acecha. El racismo y la desigualdad continúan presentes como consecuencias de siglos de esclavización. En otros casos, como los de Haití, la pobreza extrema, la inestabilidad política y el intervencionismo externo son marcas que parecen indelebles y muy difíciles de erradicar.

En fin, el Caribe tras sus playas paradisíacas esconde una historia verdaderamente dramática. Sin embargo, hay otra cara de la moneda. Existe una historia de resistencia y emancipación que también constituye a la región. La misma comenzó al calor de la conquista con los levantamientos indígenas en el siglo XV-XVI, continuó con la lucha de los cimarrones africanos durante los siglos XVII y XVIII y tuvo uno de sus picos más altos con el triunfo de la revolución haitiana. La primera y única revolución de esclavos victoriosa en toda la historia de la humanidad. Como vimos, aunque ésta no logro expandirse por la región, los esclavizados antillanos siguieron batallando durante el siglo XIX y sus rebeliones y conspiraciones fueron uno de los factores que debilitaron la esclavitud y precipitaron su abolición. A estas gestas se sumaron también las luchas anticoloniales como las de Cuba y Puerto Rico que, lamentablemente, en ese momento

quedaron truncas. Sin embargo, el siglo XX implicó un salto considerable en la conciencia política antillana y abrió una época donde emergieron numerosos movimientos dispuestos a cambiar a la región de raíz. El más importante de todos estos procesos fue la revolución cubana, que vino a sintetizar en sí misma de alguna manera, siglos de combates anti-coloniales y de anhelos de liberación.

Ahora bien, lógicamente la cultura caribeña estuvo trazada por esta historia de dominación y resistencia. La conquista inicial no sólo implicó el exterminio de la casi totalidad de los indígenas, sino también un verdadero epistemicidio. Luego de la desaparición de los saberes y las creencias autóctonas, los imperios europeos buscaron establecer su propia cultura en las Antillas. Las iglesias florecieron y los discursos pro-coloniales y pro-esclavistas germinaron con mucha fuerza. Sin embargo, el proceso de importación de esclavos y la creación de la sociedad de plantación tuvo efectos no deseados para los amos. Lejos de una absoluta imposición cultural de arriba hacia abajo, se dio un intenso proceso de transculturación, de sincretismo y de resistencia activa por parte de los sectores esclavizados. Estos, provenientes de diferentes pueblos de África, lograron construir puentes culturales entre ellos mismos y, a la vez, usurpar la cultura de los amos. De esta manera, tempranamente, los diferentes cristianismos europeos fueron resignificados, trastocados y mestizados con creencias provenientes de África, dando nacimiento a nuevas religiones sincréticas como el Vodú, la Santería y el Myalismo. Proceso similar implicó la emergencia del Rastafarismo en el siglo XX. Un origen muy parecido tuvieron las lenguas regionales, como el creole, el papiamentu, etc , así como los ritmos y las danzas locales.

Indudablemente esta cultura popular fue clave a la hora de resistir y rebelarse contra la opresión. Otorgo cohesión, conciencia e identidad a sectores que sufrían un sistema que buscaba deshumanizarlos completamente. Por ello, no es casual que la revolución de Haití, el proceso más radical de la historia caribeña, haya estado fuertemente influido por el vodú.

En paralelo a esta cultura oral y popular, en las Antillas también surgió tempranamente una rica tradición letrada fuertemente crítica. Su nacimiento fue muy similar al de las creencias religiosas. Resultó igualmente hija de un proceso de transculturación y apropiación. Así, por ejemplo, a partir de la resignificación de la ilustración nordatlántica, emergió una ilustración afro-caribeña y un jacobinismo negro que lograron trascender los límites eurocéntricos y racistas de su par occidental y que fueron unos de los motores fundamentales de la revolución haitiana. Revolución que, a diferencia de la de Estados Unidos o Francia, promovió una genuina universalización de los derechos del hombre. Líderes políticos como Toussaint Louverture o Jean Jacques Dessalines promovieron inicialmente estas ideas críticas a la esclavitud, el racismo y el colonialismo, y

diversas figuras intelectuales continuaron y profundizaron aquel camino durante el siglo XIX. Haití, en particular, después de la revolución se convirtió en un faro de teorías críticas que, aunque muchas veces asumieron diversos ropajes europeos (ilustración, romanticismo, positivismo), en el fondo buscaban responder a los problemas nacionales, a los antillanos, a los de la diáspora africana y a la de los propios pueblos de África. En fin, pretendían luchar contra la cultura occidental predominante que legitimaba el sistema colonial/racista/esclavista que los apresaba. Louis Boisrond-Tonnerre, Juste Chanlatte, Jean Louis Vastey, Anténor Firmin, Hannibal Price, Louis Joseph Janvier, fueron algunos de los más importantes intelectuales haitianos de aquella época. Fuera de Haití también es posible encontrar otros pensadores afrocaribeños sumamente relevantes, como Edward W. Blyden, quien incluso llegó a jugar un rol destacado en África. Más allá de estos pensadores afrodescendientes, en islas como Cuba o Puerto Rico, emergieron también pensadores criollos de enorme importancia como Eugenio María de Hostos y José Martí, entre otros. Éste último fue, sin lugar a dudas, uno de los más clarividentes, no sólo por aunar en sus textos una fuerte crítica al colonialismo español, al racismo y a la esclavitud, sino también por denunciar de forma pionera el peligro del imperialismo estadounidense en la región.

Ahora bien, indudablemente el siglo XX trajo un notable salto hacia adelante en el pensamiento caribeño. La producción teórica y literaria creció marcadamente, se diversificó con numerosas corrientes nuevas signadas por un fuerte proceso de autoafirmación y radicalización. Frente a la ofensiva imperial norteamericana y a la crisis de Occidente simbolizada por la Primera Guerra Mundial, emergieron tendencias críticas, anticoloniales y reivindicatorias de la identidad negra y de la cultura afro, como el panafricanismo de Marcus Garvey, el negrismo de Jean Price Mars en Haití y la negritud de Aimé Césaire y León Damas en las Antillas francesas. Estas vertientes aunque tuvieron su epicentro en el Caribe, recibieron influencias externas y retroalimentaron procesos que ocurrían en otras latitudes. La conexión con Estados Unidos fue particularmente importante y generó una rica simbiosis. El *Renacimiento de Harlem*, protagonizado por intelectuales, artistas y políticos afro-norteamericanos, dejó una huella indeleble en las Antillas. Pero, dicho movimiento a su vez recibió un fuerte influjo del Caribe especialmente de la mano de Marcus Garvey y su *Universal Negro Improvement Association* (nacida originariamente en Jamaica en 1914), que por unos años hegemonizó el accionar y el ideario del movimiento negro en aquel país.

Asimismo, se sintió la influencia de nuevas vertientes europeas en el Caribe, como el surrealismo o el marxismo, generando síntesis originales y muy valiosas como en el caso de las obras literarias, ensayísticas e historiográficas de Aimé Césaire, Suzanne Césaire de Jacques Roumain, de Stephan Alexis, Rene Depestre, CLR James, George Padmore y Eric Williams, entre otros. Estos autores no sólo llevaron adelante una renovación estética de vasto alcance sino que además plantearon conceptualizaciones sumamente agudas y

revulsivas frente a la tradicional teoría social occidental. De esta manera, por ejemplo Aimé Césaire puso en discusión la conceptualización hegemónica de la modernidad, mostrando sus estrechos vínculos con el colonialismo y el racismo. CLR James releyó la Revolución Haitiana en clave marxista subrayando la importancia universal de dicho acontecimiento. Por su parte, Eric Williams ensayó una reinterpretación de la revolución industrial inglesa señalando que su motor no había residido meramente en los cambios técnicos operados en Gran Bretaña, sino más bien en el capital acumulado por el tráfico de esclavos y por el trabajo de los esclavizados en América y el Caribe.

Cuba, por su parte, no estuvo exenta de este movimiento intelectual regional. En dicha isla hubo un redescubrimiento de la cultura afro expresada en trabajos antropológicos como los de Fernando Ortiz, Lydia Cabrera o en la poesía mulata de Nicolás Guillén, esta última igualmente influida por el marxismo. También se vivió un intenso proceso de renovación literaria encabezado por figuras como Alejo Carpentier y su propuesta de lo real maravilloso.

Aquella isla, en particular, vivió una intensificación del antiimperialismo, del nacionalismo popular y del socialismo durante aquellas décadas. Un caudal de ideas que estallarían definitivamente en 1959 con la revolución más radical del Caribe y de América Latina del siglo XX. Fidel Castro y el Che Guevara, con su accionar y su ideario, vinieron a sintetizar mucho de las ideologías previamente referidas y los anhelos de emancipación de generaciones que los antecedieron. Cuba se convirtió en un faro de la liberación para el continente y con instituciones como *Casa de las Américas* promovió una profunda renovación cultural de corte latinoamericanista.

En paralelo, se dieron los procesos de descolonización en África y en Asia, los cuales vinieron a estrecharse muy simbióticamente con los acontecimientos caribeños. No sólo muchos intelectuales antillanos como Frantz Fanon, George Padmore y C.L.R James participaron de aquellos procesos directamente (el primero en Argelia, el segundo y tercero en Ghana), sino que a su vez elaboraron teorías críticas anti-coloniales y anti-racistas que trascendieron lo regional para asumir una dimensión tercermundista. En particular obras como *Piel Negra*, *Máscaras Blancas* y *Los Condenados de la Tierra* aportaron una novedosa analítica del racismo y el colonialismo, así como una propuesta revolucionaria que pretendía superar los límites de la negritud más nativista y trascender los horrores del humanismo tradicional de cuño eurocéntrico.

Cuba, por su parte, jugó un rol clave en este devenir convirtiéndose en uno de los principales promotores de la *Tricontinental* y de la lucha por la liberación de los pueblos oprimidos del mundo; llegando incluso a intervenir directamente en las guerras anti-coloniales de África. Así, una larga historia de anhelos emancipatorios en el espacio

caribeño llegó a su clímax en las décadas del 60 y 70. Sin embargo, a pesar de sus múltiples logros, lo que vino después para la región fue una contraofensiva imperial y un proceso de decadencia.

Parte de esta larga y apasionante historia es la que se aborda en el *dossier* que aquí presentamos. En particular, los artículos que siguen analizan el pensamiento y la cultura afro en el Caribe. Se estudian la trayectoria y las ideas de notables intelectuales afro-antillanos, así como obras literarias que retratan el sincretismo cultural del mundo caribeño, signado por una fuerte raíz africana. Los textos se centran en el siglo XIX y comienzos del XX, pero para una comprensión cabal de los mismos es necesario tener en cuenta el devenir de la región que en esta introducción hemos desarrollado sucintamente.

Los autores de los artículos que conforman este *dossier* son en su mayoría especialistas oriundos de Chile y Argentina, sociedades que han construido una fuerte identidad nacional blanca-europea. Identidad que ha calado muy hondo en las academias de ambos países y que por ende suelen prestarle escasa atención a los temas aquí abordados. Desinterés que, por cierto, ha sido muy generalizado en el ámbito intelectual occidental. En las narrativas tradicionales, el Caribe y particularmente el mundo afro-caribeño suele aparecer como un espacio periférico, subdesarrollado e incluso bárbaro con escasa trascendencia política, teórica y cultural. Ciertamente se suele reconocer importancia a la Revolución Cubana y a algunos pocos pensadores o artistas antillanos, pero no mucho más. Frente a esta marcada desidia, la intención de este *dossier* es subrayar la relevancia del Caribe y plantear que el pensamiento, la historia y la cultura afro-antillana en particular han hecho inestimables aportes a la historia latinoamericana y universal.

El primero de los artículos, a cargo de Juan Francisco Martínez Peria, explora sucintamente el accionar y la obra crítica de Jean Louis Vastey y Anténor Firmin, entendiéndolos como herederos intelectuales de la Revolución Haitiana. Desde su punto de vista, ambos autores haitianos buscaron proseguir mediante la pluma el legado emancipatorio de dicho proceso, criticando lúcidamente las lógicas esclavistas, coloniales y racistas del mundo cultural y político de su época.

Melody Fonseca, por su parte, también analiza el pensamiento de Anténor Firmin y su ligazón con la Revolución Haitiana, pero lo hace desde la perspectiva de la teoría descolonial. Su tesis principal es que la obra de Firmin, continuadora de dicha revolución, cuestionó seriamente los pilares del racismo científico imperante en su tiempo y que constituyó una “apertura/ruptura” con la colonialidad del saber del sistema mundo moderno/colonial.

El trabajo de María José Yaksic continúa en la senda de los artículos previos explorando el pensamiento haitiano. Sin embargo, nos introduce de lleno en el convulsionado siglo XX haitiano, analizando las obras de referentes claves de la isla y el Caribe: Jean Price Mars y René Depestre. La autora se centra en torno a la discusión de la raza en ambos autores y sus posiciones en tensión en torno al tan mentado proyecto intelectual y político de la negritud.

Valentina Salas, por su parte, nos lleva hacia la mayor de las antillas examinando *Los Cuentos Negros de Cuba* de la antropóloga y folklorista Lydia Cabrera, discípula de Fernando Ortiz, quien en dicho trabajo recopila las principales fábulas populares afrocubanas. La tesis de Salas es que aquella obra debe leerse en clave de transculturación y heterogeneidad, ya que la misma busca trazar no sólo el mestizaje cultural en la isla sino también el proceso de sincretismo y tensión que significó la constitución de la cultura afrocubana.

Bárbara Fernández Espinoza nos introduce en el mundo de las antillas francesas y particularmente en el pensamiento de las mujeres afrocaribeñas. Discutiendo con los relatos tradicionales que invisibilizan el aporte cultural de dicho grupo social, Fernández Espinoza analiza, en su original y valioso artículo, la obra y la trayectoria de Suzanne Césaire, mostrándola como una intelectual de gran relevancia quien, con su ensayística y poesía, hizo aportes destacados a la crítica al racismo y al colonialismo en la región.

Finalmente, Clara Chevalier estudia en su artículo las posiciones políticas e intelectuales de Aimé Césaire durante los años inmediatos a la segunda guerra mundial. Particularmente examina los discursos de Césaire como diputado de la Asamblea Nacional y la Asamblea Constituyente francesa, analizando su postura frente a la problemática colonial, la identidad de lo francés y su apuesta inicial a favor de la departamentalización de las Antillas galas como una forma alternativa de alcanzar la deseada descolonización. Apuesta que, finalmente, no consiguió los objetivos esperados y que lo sumió en la desilusión.

En fin, el *dossier* que aquí presentamos nos introduce en la cultura y el pensamiento afro-caribeño, una tradición crítica original y vigorosa nacida al calor de una región en plena ebullición, marcada por el signo dramático de una tensión constante entre la fuerza de la dominación y los anhelos de emancipación.